

Breves y curiosos relatos (II)

Pequeñas historias, anécdotas y curiosidades que el paso del tiempo nos ha deparado. En algunos casos inéditas y en otros quizá sabidas, aunque con aportación de nuevos datos. Algo más para saber, con un guiño a la sonrisa. *Texto Alberto Bacigalupe*

1893. Zamacois cambia de sede

JOSE Zamacois es parte de la historia bilbaina. Su gimnasio preparó los músculos de la más selecta sociedad y, como saben, fue en él donde se gestó la idea de crear un equipo de *foot-ball* con el nombre de Athletic Club, en 1898.

En el año de referencia, mes de octubre, Zamacois inauguró nuevas instalaciones en la calle Ibañez de Bilbao, letras D-I, que contaban con los más novedosos aparatos para la educación física. Se anunció como Gran Salón de Gimnasia e Hidroterapia y podía acoger a ochenta alumnos de ambos sexos. Las clases eran impartidas de siete a una, por la mañana, y de cinco a nueve, por la noche.



El primer gimnasio data de 1884 y estuvo ubicado en la calle Ronda, número 23. Lo anunciaban como Gim-

nasio Higiénico y Ortopédico. (Observen la diferencia de nomenclaturas). Entre sus numerosas actividades

destacaba la de enseñar a correr en velocipedo. (*)

En 1912 cesó en sus actividades el bueno de don José, pero creó la Gimnástica Zamacois que, junto a la Federación Atlética Vizcaína y la Educación Física, propiciaron en 1894 la creación del Club Deportivo de Bilbao, pionero del deporte en la Villa. Su domicilio social quedó establecido en la calle Obispo Orueta, exactamente donde se halla el Hotel López de Haro.

(*) La Real Academia de la Lengua define el velocipedo como "vehículo de hierro, formado por una especie de caballete, con dos o tres ruedas, y que movía por medio de pedales quien iba montado en él".

1931. Bata, campeón de apodos



A Agustín Sauto Arana le confundieron el apellido a lo largo de unos cuantos años, hasta el punto de que, por entonces, en la prensa se le llamaba Sautu, incluso durante los primeros tiempos de su estancia en el Athletic. Poco importaba, porque todos le conocían como Bata, un apellativo ganado de chaval, ya que no se quitaba la blusa confeccionada por su madre con el fin de resguardar de la suciedad otras prendas más importantes.

Hubo unanimidad en proclamar que era el delantero centro ideal; que el equipo rojiblanco iba a beneficiarse de sus virtudes realizadoras. Y a fe que no se equivocaron. Bata logró muchísimos goles durante su permanencia en el club - con una media de casi uno por cada partido disputado -, lo que provocó una rendida admiración general. Como sería, que ya en el año referido se le apodaba con definiciones de singular calibre. Lean: El Bertha bilbaino, El terror de San Mamés y El león enfurecido. O sea, cuatro mote para un solo jugador. Los críticos rememoraban al irún Zabala y al también athletico José Mari Laca para proclamar que se trataba de un digno heredero. Las estadísticas confirma que les superó.

1933. ¿Gimnasia?... ¿Qué gimnasia?

DURANTE aquel verano, la playa de Deba se convirtió en lugar de cita para los futbolistas famosos. Por su arena correteaban Quincoces, Chirri II, Muguerza, Carmelo Goyenechea, Olivares y otros de menor renombre en amigable grupo. Como quiera que pertenecían a diversos equipos -Athletic, Real Madrid, Deportivo Alavés...- y, por tanto, eran rivales en la competición, no faltaban las puyas más o menos embromadas. Un día el debate

se estableció sobre quién ganaría el próximo campeonato. El pequeño de los Aguirrezabala aseguró muy convencido que el Athletic, cuyas condiciones físicas irían a mejor con la llegada al banquillo de Patricio Caicedo.

-Va a hacernos polvo con toda la serie de ejercicios que nos obliga a hacer.

-¿Y antes?

-Los jugadores del Athletic no hemos hecho más gimnasia que estirar los brazos al



levantarnos de la cama. No pongáis esa cara de asombro, que es verdad. No hacíamos otra cosa que darle gusto al pie con el balón. Y ahora ha-

cemos más contorsiones que una bailarina negra.

Efectivamente, el Athletic logró el título de Liga en la campaña 1933-1934.

1985. Clemente y la trompeta

ERA octubre y estábamos en Bruselas. Javier Clemente, entrenador del Athletic, asistía al encuentro Racing White de Molenbeek-Lieja, de la liga belga. Trataba de ver cómo jugaba el equipo visitante, siguiente rival en la Copa de la UEFA. Un servidor oficiaba como enviado especial de la televisión, a fin de realizar un reportaje previo de la eliminatoria. De común acuerdo con el técnico, a lo largo del partido le iría preguntando por sus impresiones, para insertarlas junto a las jugadas más interesantes.

Futbolísticamente, la tarde-noche fue un latazo. Eso sí, los espectadores locales no cejaban de animar a los suyos, especialmente uno, situado en la grada de enfrente, que, cada dos por tres, nos obsequiaba con unos tremendos solos de trompeta. Un homenaje a la desafinación, amén de un tormento para los oídos.

Al finalizar la contienda y, a modo de resumen, solicité de Clemente que me destacara a alguna individualidad. Javier extendió la vista sobre el horizonte y respondió:

-Aquél.

-¿Quién? ¿Qué número tiene?

-No tiene número; el número lo monta él.

Aquí el único destacado es el de la trompeta. Los demás no valen mucho.

Ignoro si para entonces ya se había decidido por el saxofón, o la referida vivencia fue determinante.

1976. Madariaga, nº 43

NO se trata de una dirección postal, sino de una historia real como la vida misma. Ocurrió el 8 de diciembre en el estadio de San Siro o Giuseppe Meazza, cuando ustedes prefieran. Jugaban el Milan y el Athletic su paso a los octavos de final de la Copa de la UEFA. Arrancaban los bilbanos con una ventaja de tres goles, fruto del 4-1 obtenido en San Mamés. (El gol forastero fue marcado por Fabio Capello, que cumplía su primera temporada en el club, tras marchar del Juventus). Pero los rojinegros salieron respondones y se colocaron un 3-0 a escasos minutos del final. Por aquello del valor doble de los tantos en campo contrario, caso de empate, los rojiblanos parecían



destinados a la eliminación. Y, en esto, apareció Txetxu Rojo con una de sus genialidades. Internada por la izquierda, entretenimiento del balón, ingreso en el área y derribo por parte de su par.

¡Penalti!

De nada sirvieron las protestas de los tifosi. El árbitro, con una valentía rayana en la temeridad, señaló la falta sin titubeo alguno. De inmediato, a Koldo Aguirre

le surgió un problema: los habituales para ejecutar ese tipo de castigos no se atrevían a asumir tal responsabilidad. Segundos de desconcierto y, tras ellos, la solución. Iñaki Madariaga aceptaba el reto. El baracaldés -que llegó a figurar en la nómina del Real Madrid- se aplicó con contundencia y, de fuerte disparo, batió la puerta milanista. El Athletic seguía adelante.

Cuando días después, conversando con el defensa central, le preguntábamos por el secreto de su efectividad, también contrastada en el corte a los delanteros, nos respondió:

-Será porque calzo un 43. Con un pie así es difícil perder el balón y cuando lo chutas tiene más fuerza.